

Petróleo y revolución en las Américas

Las estrategias bolivarianas de Hugo Chávez*

FRÉDÉRIQUE LANGUE*

Resumen

La consolidación de las “nuevas izquierdas latinoamericanas” ha contribuido en el curso de estos últimos años, y más aún de estos últimos meses, a modificar sensiblemente los equilibrios geo-estratégicos en el continente, en particular las relaciones “hemisféricas”. La Revolución Bolivariana de Hugo Chávez juega en este sentido un importantísimo papel. A diferencia de sus predecesores, éste se ha apoyado sobre dos elementos claves de la geopolítica regional, las Fuerzas Armadas y el petróleo, para instaurar lo que denomina como “Socialismo del siglo XXI”. De aquí que calificativos como “populismo revolucionario” y “petro-populismo” sean usados para describir su régimen. La retórica presidencial privilegia igualmente el tema de la “guerra asimétrica”, lo cual rompe con la tradición democrática de que el sector militar no debe influenciar directamente el proceso político, sino que sólo lo acompaña.

Abstract

The consolidation of the politic of the new Latin American's lefts has contributed in the course of these last years, and but even of these last months, to sensibly modify the geo-strategic equilibrium in the continent, particularly the hemispheric relations. The Hugo Chavez's Bolivarian revolution plays in this sense a very important role. Unlike his predecessors, Chavez has leaned on two key elements of the regional politic, the Armed Forces and the oil, to establish that he denominates socialism of XXI century. Therefore, qualifying as revolutionary populism and oil-populism are used to describe his regime. The presidential rhetoric also privileges the subject of the asymmetric war, which breaks the democratic tradition where the military sector doesn't have to make influence directly the political process, but only accompanies it.

* Investigadora CNRS (CERMA-EHESS), París, Francia.

“PETRÓLEO Y REVOLUCIÓN”, ÉSTE FUE EL TÍTULO QUE CUIDADOSAMENTE escogió el Ministerio de Energía y Minas de Venezuela para lanzar, a principios de 2006, una publicación destinada a “informar” y a “movilizar las conciencias” en la “batalla de ideas” que se ha dado para “superar el capitalismo”. “Petróleo para el pueblo”, “abajo con la apertura petrolera”, “la vieja PDVSA es un Caballo de Troya de las transnacionales” (...) “nuestra política petrolera es nacional, popular y revolucionaria.” Tales son algunos de los eslógans escogidos desde una perspectiva relevante más de la geopolítica a escala continental, e inclusive internacional, que de la defensa de la soberanía nacional o folklore local.

Por mucho tiempo subestimado por sus adversarios, el presidente venezolano, Hugo Chávez, ha terminado imponiéndose como un líder carismático, pero también como estratega. Tomando en cuenta la importancia política y económica de Venezuela en la región, en el marco de las relaciones “hemisféricas” (con los Estados Unidos) y por el margen de maniobra que tiene en la OPEP, Hugo Chávez ha contribuido a reactivar el arma política que constituye el petróleo. Para un gobierno calificado de “populista-revolucionario” e incluso “petro-populista”, los dos términos, *petróleo* y *revolución*, se convierten entonces en términos indisolubles. De modo tal que, la Revolución Bolivariana del presidente Chávez no ha cambiado solamente el orden, sino también las reglas del juego. Esta novedad hace indispensable volver sobre las circunstancias y la cronología política de esta evolución, si se quiere entender la situación actual, tanto en el plano nacional como internacional.

Observaciones preliminares

Hace apenas dos años, se podía hacer la pregunta sobre la cuestión de saber si el gobierno venezolano y la Revolución Bolivariana estaban comprometidos en dar una solución pacífica a la crisis política que a intervalos regulares ha sacudido el país desde el año 2001. El referéndum de agosto de 2004, sobre la continuación o no de Hugo Chávez en la presidencia, cuya organización fue retardada por el gobierno antes de que el presidente lo ganara en forma contundente, constituyó un escape constitucional a la crisis, pero de ninguna manera una solución política definitiva. A pesar de la bonanza petrolera, sustentada en los precios más altos que haya alcanzado jamás el barril del oro negro (en abril de 2006, alcanzó el nivel histórico de 75 US\$), el país no está exento de problemas económicos: 60% de la población activa se encuentra en

el sector “informal” de la economía, como indican los informes publicados por organismos internacionales (CEPAL). Los indicadores oficiales muestran ciertamente una recuperación, pero sin crecimiento real a pesar de un comentario reciente del presidente (septiembre 2006) en el que aseveró que la pobreza había disminuido 30%, desde que él llegó al poder.

Asimismo, a pesar de la multiplicación de los programas sociales o “misiones” que el gobierno ha puesto en marcha, un porcentaje importante de la población vive aún por debajo del umbral de pobreza (este índice habría bajado de 52% en 1999 a 72% en el primer trimestre de 2004), en un país considerado anteriormente como la “Arabia Saudita de América Latina”. Otro indicador: en el primer semestre de 2003, la economía venezolana sufrió una de las contracciones más severas de su historia (-18,5% del PIB), una recesión atribuida a la huelga nacional de fines de 2002-principios de 2003.

Ahora bien, ese “*populismo revolucionario*”, que con frecuencia se tacha de autoritarismo, fue plebiscitado por la mayoría de los electores en las elecciones presidenciales de 1998 y de 2000 (56% y 59% respectivamente). Más de un tercio del electorado, salido principalmente de las clases populares, –si hemos de creer los resultados del referéndum y las encuestas publicadas regularmente– continúa apoyando y movilizándose a favor de su carismático líder. Por otra parte, la polarización de la opinión pública se mantiene: 59% a favor de Hugo Chávez (del cual 30% son incondicionales); y 41% a favor de la oposición, a pesar de las débiles movilizaciones que se observaron antes de las elecciones municipales del 7 de agosto de 2005 (las cuales registraron 69,19% de abstención) y la proximidad de las elecciones presidenciales del 3 de diciembre de 2006¹.

A nivel continental, las diferencias entre el proyecto o “*proceso*” venezolano (término utilizado por quienes apoyan al gobierno) y el estilo de gobernar de otros gobiernos latino-americanos, se incrementan día a día. Algunos jefes de Estado de la región, elegidos con la oferta de programas de izquierda, a pesar de que en ocasiones se han solidarizado con el gobierno del presidente Chávez (como sucediera luego de la tentativa de golpe de Estado de abril de 2002), y que incluso han servido de mediadores (caso de Brasil), también han tomado distancias con respecto a algunas de sus declaraciones e iniciativas (*L'Ordinaire Latino-américain*, n° 192, 2003). Además, la integración reciente de Venezuela en el MERCOSUR confirma esta apreciación. Un antiguo embajador brasileño incluso llegó a sugerir que su país podría ejercer una influencia moderadora sobre Hugo Chávez.

En política interior, las divisiones y la ineficiencia de la oposición se hicieron manifiestas, primero, en la tentativa fallida de golpe de Estado de abril de 2002, conducido, eso sí, por su ala más conservadora (incluyendo también a opositores de izquierda); luego, en el fracaso de las diversas huelgas nacionales, en particular el “paro cívico” de diciembre de 2002-enero de 2003, el más largo de la historia del país, que no tuvo éxito a pesar de la participación del sector más importante de la economía: la empresa petrolera nacional, PDVSA; en fin, un nuevo fracaso opositor con el referéndum de agosto de 2004. En un momento clave para la cronología política nacional —ya se había sobrepasado la mitad del mandato presidencial— el presidente Chávez comienza a ambicionar la reelección, planteando un enfrentamiento no contra el candidato surgido de la concertación de la oposición, Manuel Rosales, gobernador del estado Zulia, sino contra el “Diablo Bush”, figura omnipresente en la retórica guerrera de la revolución.

Hugo Chávez: ¿líder populista o fino estratega?

A pesar del soporte electoral que hemos señalado, el “chavismo” habría perdido gran parte de su capital social, en las clases medias y también entre los habitantes de los barrios más pobres (Ramos Jiménez, 2004). En el plano internacional, las relaciones privilegiadas con regímenes asimilados al “Eje del mal” (de Irán a Corea del Norte, donde una embajada fue abierta en septiembre de 2005), no plantean problemas de gobernabilidad sino más bien de equilibrios geoestratégicos, ya que Venezuela deseaba presentar su candidatura al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y hacía campaña en este sentido (recuérdese el viaje que hiciera Hugo Chávez a China a fines de agosto de 2006).

Por todo esto, la paradoja Chávez pareciera ser más la de un fino estratega que la de un líder populista clásico o la de un demagogo, que ha sabido jugar, en el largo plazo, con un elemento clave de estabilidad, las Fuerzas Armadas, que el presidente ha sabido articular en función de su proyecto bolivariano. Divididas y transformadas en partido político durante los primeros años del gobierno de Chávez, hoy en día se encuentran reducidas al silencio, tanto más cuanto que los disidentes se niegan a asumir posiciones inconstitucionales y a pasar por golpistas (ver reacciones al intento de golpe de estado de 2002). Todo ello a pesar de las declaraciones disidentes de un nutrido gru-

po de generales y almirantes, quienes desde entonces fueron puestos de lado. Esa paradoja habría aproximado a Venezuela —en términos analíticos de las relaciones civiles-militares— a sus vecinos, luego de varias décadas de haber vivido en una democracia, atípica en el continente Latinoamericano, en la cual las Fuerzas Armadas habían acompañado y en modo alguno influenciado el proceso político.

Otro factor que debe tomarse en consideración es la dinámica de la violencia, reivindicada a través de la acción política del gobierno: la revolución “pacífica y democrática” del candidato Chávez se ha convertido luego en “revolución armada” y el ciudadano en un “ciudadano soldado” (formación de milicias, llamado a los reservistas y creación de una guardia territorial). Por otro lado, la propaganda revolucionaria se extiende a escala continental (por ello se habla de un eje La Habana-Caracas-La Paz), pero también a nivel planetario, si se toma en cuenta la diplomacia petrolera desarrollada por el presidente Chávez. El bloqueo de los principales organismos del Estado y de la administración, incluyendo a las Fuerzas Armadas, se hizo realidad en el curso de los años 2003 y 2004, luego de la designación de los nuevos magistrados del TSJ (Tribunal Supremo de Justicia) y del CNE (Consejo Nacional Electoral), entes estatales que, hasta ese momento, eran de las pocas instituciones que aún se oponían al jefe del Estado.

Los militares controlan desde entonces los organismos políticos del país. Fueron las Fuerzas Armadas las que, en septiembre de 2005, dirigieron las expropiaciones que simbolizaban la “reforma agraria” (Irwin, Langué, PAL, 2005, Coppedge, 2001). Y es que la victoria en el referéndum abrió una nueva fase, calificada por el jefe del Estado como el “salto hacia adelante”, tanto en el plano nacional como internacional (discursos provocadores anti-estadounidenses, contrastan con los múltiples acuerdos económicos y políticos, incluso petroleros, adoptados en el continente latinoamericano).

En cuanto a los medios de comunicación locales, destaca lo que los sectores opositores han denominado, apoyados por las asociaciones de prensa internacional, “ley mordaza”, la misma que pondría en riesgo uno de los valores fundamentales de la democracia, el más reivindicado por Chávez desde su llegada al poder: la libertad de expresión, así como los derechos mediáticos del ciudadano ordinario, a pesar de las apariencias democráticas.

En tales condiciones, no es sorprendente que entre los términos que con frecuencia se emplean para calificar al régimen de Hugo Chávez, se encuentre el de populismo en sus diversas expresiones. El populismo, en su variante del siglo XXI, inquieta desde entonces, especialmente en un año de elecciones

presidenciales (2006), mucho más que por su discurso (ciertamente renovado luego de su encarnación peronista y su mediatización), por las *redes* en las cuales tales regímenes se insertan en un mundo “multipolar”, sin contar el poder económico alcanzado, lo que les confiere un papel de primer rango. Es en este sentido que se evoca una suerte de “petropopulismo”, con el que se ha caracterizado recientemente al régimen venezolano. Algunos ejemplos bastan para evidenciarlo: en el marco de la IV Cumbre Unión Europea-América Latina (Viena, 11-13 de mayo de 2006), el presidente peruano (A. Toledo) afirmó sentirse inquieto “por el ascenso de los populismos” y por la pérdida de confianza de los electores en la democracia. Esto luego del golpe propinado a la integración regional, tras el anuncio del retiro de Venezuela de la Comunidad Andina de Naciones (Colombia, Ecuador, Bolivia, Perú y Venezuela).

Desde Enero de 2006, el secretario estadounidense de defensa, Ronald Rumsfeld, evoca el avance de un “populismo preocupante”, ello inmediatamente de la victoria de Evo Morales en Bolivia. Y en abril del mismo año, un dossier de la revista británica *The Economist* fue consagrado al “*regreso del populismo en América Latina*”, poniendo de relieve la diversidad de gobiernos de izquierda presentes en América Latina, y las grandes variaciones que presenta ese concepto. A comienzos de ese mismo mes, la actualidad diplomática internacional fue también fértil en consideraciones sobre la nueva versión del populismo. Así, de paso por los Estados Unidos para presentar sus memorias, el expresidente brasilero Fernando Enrique Cardoso habría afirmado: “Chávez es ciertamente un nacionalista, es también un populista y tiene tendencias autoritarias”. En Perú, la prensa cotidiana calificó a Ollanta Humala –a quien, dicho sea de paso, el apoyo venido de Venezuela desencadenó una gran polémica en los medios peruanos– de “*comandante populista y etno-nacionalista*”.

Todavía en mayo de 2006, el canciller español, Miguel Ángel Moratinos, invitó a la comunidad internacional a no ignorar el “*intenso momento de cambio político y social*” que atraviesa América Latina. Haciendo igualmente un llamado a no desvalorizar este proceso bajo el epíteto infamante de “populista”. Por su parte, un reporte de *Stratfor* de análisis político y estratégico, insistió sobre el aumento de “*gobiernos populistas orientados hacia la izquierda (se está en la víspera de las elecciones peruanas, y la confrontación entre el antiguo presidente, Alan García y el candidato nacionalista y populista [como calificaba este reporte a] Ollanta Humala*”. Un dato adicional resaltado por los distintos análisis: el candidato “*nacionalista populista*” peruano había indicado que nacionalizaría la producción de hidrocarburos en su país, y que

reconsideraría el acuerdo de libre comercio firmado con los Estados Unidos en 2005. Todo esto, después de que el presidente boliviano nacionalizara, en fecha de 1° de mayo, la producción de esos mismos hidrocarburos. Y ello, teniendo como telón de fondo el apoyo dado por Hugo Chávez a las campañas electorales de sus aliados (ingerencia que fue a propósito denunciada por los gobiernos de los países concernidos), el proyecto expansionista de la Revolución Bolivariana en el continente Latinoamericano, y la propaganda desplegada en todas direcciones por el presidente venezolano a favor del “Socialismo del siglo XXI”. En el mismo mes, *The Wall Street Journal* destacaba el hecho de que la reelección de Alvaro Uribe “*rompía con la avalancha de victorias populistas en América Latina*”, mientras lanzaba la acusación de “populista” contra Andrés Manuel López Obrador, candidato del Partido de la Revolución Democrática (PRD), en las elecciones mexicanas².

Paradójicamente, este principio del siglo XXI se muestra como un tiempo excepcional de afianzamiento de situaciones democráticas en la historia republicana de América Latina; pero al mismo tiempo también de “déficit democrático” y de fragilidad en la gobernabilidad democrática, por estar confrontada a tendencias autoritarias. La interpretación de la “*seducción populista en América Latina*” (De la Torre, 2000) o de la “*razón populista*” (Laclau, 2005), en el caso venezolano requiere hacerse de manera matizada, a través de un retorno a sus comienzos.

Del “populismo instrumental y discreto” al “populismo revolucionario”

Las primeras manifestaciones del populismo venezolano se remontan en realidad a la primera mitad del siglo XX, época en que se forja precisamente un imaginario político moderno y un conjunto de representaciones políticas, pero también sociales y culturales que encuentran su mejor expresión en la creación literaria. Es en los años 1930-1940 que el pueblo adquiere el estatus de protagonista político pero de una manera extremadamente original, ya que en Venezuela este logro fue la obra de un partido político de inspiración leninista, si se consideran la historia de vida y las tendencias políticas de su fundador. A diferencia de lo que se observa en Brasil o Argentina, países en los cuales se vio en este período afianzarse líderes populistas como Getulio Vargas (1930-45, 1950-54) y Juan Domingo Perón (1946-55), correspondió a Venezuela una etapa de modernización de las estructuras de decisión, la apa-

rición de partidos políticos modernos (en particular Acción democrática, AD), y la instauración conjunta de instituciones democráticas.

A diferencia de aquellas formaciones populistas “clásicas”, AD va a impulsar y apoyar la creación de instituciones políticas democráticas, basándose en principios nacionalistas, anti-oligárquicos e igualitarios. A diferencia también de las organizaciones brasileñas o argentinas, donde podía existir una influencia fascista (Italia), los fundadores de AD —el partido se crea en 1941— habían pertenecido a círculos marxistas o al Partido comunista (PCV). Tal es el caso de su fundador, Rómulo Betancourt. La palabra *adeco*, que designa a un miembro de aquel partido, tuvo en sus principios connotaciones tremendamente negativas puesto que viene de la contracción de *adecomunista*, epíteto forjado por la Derecha tras la Revolución de octubre (18 de octubre de 1945), conspiración cívico-militar que llevó a AD al poder. Este gobierno duró tres años, el “Trienio”, de 1945 a 1948. Otra diferencia: en sus principios, AD no tuvo líder carismático (aunque R. Betancourt lo haya sido, en particular cuando accedió a la presidencia de la república). El populismo de AD se basaba, por lo tanto, en la reivindicación de los derechos ciudadanos para el conjunto de la población, la cual, para aquel entonces, era en su mayor parte rural y analfabeta. En este sentido, la obra de Betancourt estuvo orientada hacia la invención de la política, y a la creación de un verdadero partido civil, inscribiéndose contra el paradigma de los partidos armados y del hombre a caballo dominante hasta el principio del siglo XX (Langue, 1999, pp.310ss; Caballero, 2004).

Hasta ese momento, esa imbricación particular de relaciones cívico-militares, la influencia determinante de las fuerzas armadas y la imposición del caudillismo (los caudillos andinos) había supuesto un obstáculo a la instauración de principios democráticos, a diferencia de la vecina Colombia, la cual sin embargo cayó presa de una “violencia” secular (Irwin, 2000, Irwin-Langue, 2003).

La influencia del partido Acción Democrática se afirmó en periodos bien definidos de la historia nacional venezolana del siglo XX: como tras el golpe de Estado del 18 de octubre de 1945, ya mencionado. Una “*simbiosis civiles-militares*” se desarrolló en esa ocasión, la cual ha sido singularmente silenciada por la historiografía nacional, pero estudiada por Domingo Irwin, va a marcar en forma duradera el devenir institucional y político del país. Como destacara Luis Castro Leiva, es empero, el “*desarrollo de la idea moral de dictadura*” (como instrumento conceptual inherente a la teoría republicana del poder, pero también como solución de último recurso, según el republica-

nismo liberal, con el fin de preservar la libertad y la posibilidad individual de una vida pública moral) lo que estuvo detrás de la deposición del presidente elegido en 1948, Rómulo Gallegos. Luego vino la marcha hacia la *dictablanda* de Marcos Pérez Jiménez (1952-1958), siguiendo con su caída (el 23 de enero de 1958), y hasta el Pacto del Punto Fijo, que marca el principio de 40 años de democracia en Venezuela.

En este sentido, el golpe de Estado de 1945 significó claramente una ruptura con el pasado, desplazando a la antigua élite dirigente formada durante la dictadura gomecista (Langue, 2002, p. 94). La alternancia política entre los dos grandes partidos, AD y Copei (Partido Social-Cristiano) ha caracterizado este largo período de estabilidad institucional y democrática. Ello contrastaba con el tipo de regímenes, autoritarios o dictatoriales, que se observaba en el mismo momento en el resto del continente latinoamericano. Fue un período de “*populismo instrumental y discreto*”³, fundado no obstante sobre la práctica del clientelismo o incluso la corrupción, lo que causaría, por otra parte, la caída del segundo Gobierno de Carlos Andrés Pérez (1989-93). El período democrático estuvo marcado por las elevadas rentas petroleras, lo que haría posible la generación de las condiciones para disimular las faltas de ese Estado benefactor de vocación clientelista, permitiendo, en particular, una determinada movilidad social.

Otra particularidad de esos 40 años de democracia fue la ausencia de intervención del sector militar modernizado durante el período gomecista, el cual acompañó mas no influyó el sistema de partidos resultante del Pacto de Punto Fijo (a diferencia, una vez más, de los países vecinos).

El pretorianismo venezolano

El pretorianismo, un concepto más adaptable al caso venezolano, remite a una “*situación en la cual el sector militar de una sociedad dada ejerce una influencia política abusiva, recurriendo a la fuerza o amenazando con hacerlo.*” Este vocablo polisémico se muestra fundamental para comprender tanto el pasado como la historia del tiempo presente. El pretorianismo continuaría aún a manifestarse de una manera latente, en tanto que árbitro o desde el gobierno, mucho después de la modernización de las fuerzas armadas. La tentativa de golpe de Estado de 1992 (conducido por H. Chávez) sería, en este sentido, “*una expresión del pretorianismo recurrente del siglo XX*” (Irwin, 2000).

El término militarismo, de aplicación más reciente y con una connotación bastante fuerte, remite por su parte a una “*situación política en la que el sector militar de una sociedad dada invade a ésta por una suerte de metástasis, y logra así dominar todos los aspectos fundamentales de la vida social*”. El siglo XX fue para Venezuela tiempo de estructuración de la institución militar a nivel *nacional*. La modernización y profesionalización de las Fuerzas Armadas (iniciadas principalmente durante el régimen de Gómez), han sido las dos constantes de ese proceso, en mayor o menor medida marcadas según el gobierno de turno, pero particularmente visible desde la década de 1960. Esa “*nueva versión del acuerdo secular cívico-militar y político-militar venezolano*”, se puso en práctica cuando el control de dichas fuerzas abrió la vía de la máxima magistratura nacional al general Eleazar López Contreras (quien gobernó de 1935 a 1941), luego al general Isaías Medina Angarita (1941-1945), después al coronel Delgado Chalbaud (1948-1950) y finalmente al general Marcos Pérez Jiménez (1952-1958); mientras que el proyecto civilista del Trienio no tomará verdaderamente forma que a fines de los años sesenta, en un contexto extremadamente favorable, debido al alza de los precios del petróleo y, en consecuencia, comienza una etapa de prosperidad económica (Langue, 1999; Irwin, 2000).

En este sentido, en esos años no solamente se inaugura una simbiosis entre civiles y militares, sino también una fase de acomodados en la que la institución armada redefine no sólo su papel, sino también sus medios de expresión. Se moderniza profesionalizándose, y renuncia por lo tanto, y en parte, a su carácter “pretoriano”, el cual iba a resurgir, empero, al final de siglo, con la tentativa de golpe de Estado de 1992 dirigida por Hugo Chávez, y la radicalización del régimen a partir del año 2001 (con la promulgación de los 49 Decretos Leyes) y sobre todo en 2002.

Volviendo sobre el contexto de los años sesenta, caracterizados por la “*lucha armada*”, permite precisar ese aspecto de la institución militar. El fracaso de la guerrilla habría sido más político que militar: en 1964, los dirigentes del PCV tomaron la decisión de renunciar a la lucha armada con el fin de lograr el poder. Otra realidad de ese mismo momento, relativamente desconocida, es la alianza de las Fuerzas Armadas con sectores civiles radicalizados, conjunción nada nueva en la historia de Venezuela y que consistió, hasta cierto punto, en repetir el episodio de 1945. El punto culminante de esta conjunción de fuerzas políticas y militares fue la insurrección militar de Puerto Cabello y Carúpano (1962). Los fracasos de este tipo de insurrección son la causa de la creación, en los años 1963-1964, de las Fuerzas Armadas

de Liberación Nacional (FALN) y del Frente de Liberación Nacional (FLN) de vocación política y logística.

El “*foquismo*” en Venezuela contó con el apoyo estratégico y logístico de Cuba, durante los años 1964-1968, hasta la “*pacificación*” que tuvo lugar en el período 1968-1971. Es también el momento del nacimiento del MAS (Movimiento al Socialismo, uno de cuyos fundadores fue Teodoro Petkoff, antiguo guerrillero, ministro en el segundo gobierno de Rafael Caldera, hoy en día director del diario Tal Cual y uno de los principales opositores al régimen de Chávez), de la división del PCV, y de la escogencia de estrategias electorales y democráticas. En fin, es el momento también en que las Fuerzas Armadas venezolanas intensifican su impulso contra la guerrilla, beneficiándose de la asistencia norteamericana, etapa que se considera formando parte del proceso de profesionalización del ejército.

El precio que debió pagar el poderío civil fue relativamente elevado, habida cuenta de la importancia adquirida por la institución militar (privilegios económicos, como el aumento del salario de los oficiales en un 140% entre los años 60 y 70). Ante un enemigo común, se tejieron lazos entre los dirigentes de los partidos AD y COPEI, y los jefes del ejército, pero la imagen de un control civil consolidado, nacida de la caída de la dictadura (1958), no era más que una ilusión.

Otro aspecto importante: el papel de las fuerzas armadas en la gestión de los asuntos fronterizos. Los militares reciben también una mejor formación “académica” en la Academia militar (de dónde originalmente salieron los oficiales que dirigirán la tentativa de golpe de Estado en 1992); y en el IAEDEN, Instituto de los Altos Estudios de la Defensa Nacional (creado en 1969-1970, constituye un curso de tercer ciclo destinado a formar los oficiales superiores). En cuanto al fracaso militar de la guerrilla, el mismo habría conducido a sus “supervivientes políticos” a establecer vínculos, por una parte con el mundo universitario y, por otra, con los jóvenes oficiales. La alianza con estos últimos pasa a conformar una de las dos “tendencias conspiradoras” observadas dentro las Fuerzas Armadas: la primera, era favorable a una solución autoritaria, motivada por los temas de seguridad, defensa y desarrollo, se beneficiaba de la simpatía de una parte de la élite económica, que en parte apoyaría en las elecciones de los años ochentas (entre las cuales estuvo la de C. A. Pérez por AD). La segunda, aquella cuyo itinerario hemos descrito, se confunde con el grupo fundador del movimiento bolivariano. Los responsables son los teniente coroneles Izarra y Chávez para el sector militar, Douglas Bravo (entonces miembro del buró político del PCV, y actualmente en la ope-

sición) y Pablo Medina para la esfera civil. Las logias militares llevaban los nombres de M-83, ARMA y MBR-200 (antecedente del actual Movimiento V República, MVR). Tales “*logias militares organizadas*” –la expresión es de Domingo Irwin– no se manifestarán violentamente hasta 1992, cuando aparecieron a la cabeza de dos tentativas golpistas, como consecuencia de la toma de conciencia de los jóvenes oficiales ante la represión de las rebeliones populares de febrero de 1989 (Garrido, 2000; Langué, 2002, cap. II).

El control del Estado por las Fuerzas Armadas

La instauración del Plan Colombia bajo los auspicios de Estados Unidos con el fin de luchar contra el tráfico de drogas, extendido luego a través del Plan Patriota desde 2005 bajo una óptica también antiguerrilla, contribuyó a crear un claro desequilibrio regional entre Venezuela y Colombia. El Presidente Chávez sólo concedió el apoyo a este plan en la cumbre de Cartagena (abril de 2001). Ninguna coordinación militar entre los dos países estaba prevista, mientras que las Fuerzas Armadas venezolanas se encontraban comprometidas en el Plan Bolívar 2000, una versión extendida de las operaciones tradicionales de acción cívica.

Los riesgos de desbordamiento de la guerra interna en Colombia habían sido ya señalados por los expertos. Como consecuencia previsible: una militarización de la vida política venezolana a partir de las implicaciones militares manifiestas en aquel plan. Fueron precisamente las fragilidades de este tipo de control civil, así como las incertidumbres de esa relación de poder, las que salieron a la luz en las insurrecciones militares de 1992 (Castillo, 2001).

Distintas son en efecto las interpretaciones presentadas en cuanto a la naturaleza de las relaciones cívico-militares en la Constitución Bolivariana de 1999. Una consiste en ver en las transformaciones incorporadas en la nueva carta magna, como la confirmación de la relativa independencia y autonomía del sector militar en sus relaciones con el poder civil. La función del ejército y su estructura se encuentra definida en el artículo 328 de la nueva constitución, claramente identificado bajo el título de “*Fuerza Armada Nacional*”. Según el mismo, cada uno de los componentes de las Fuerzas Armadas conserva un mando específico, pero también se instituye un comando unificado (CUFAN). De igual manera, por primera vez los asuntos que tratan sobre la seguridad nacional y las cuestiones militares que se derivan de la misma, figuran en la constitución. Esta disposición contribuye a eludir con mayor seguridad el

control que los civiles deberían ejercer eventualmente en este ámbito.

La cuestión de la incorporación del tema de la seguridad de la nación en la carta constitucional es, por otra parte, una de las más controvertidas en el continente latinoamericano. Un aspecto que debemos señalar es el artículo 326 de la Constitución de 1999, el cual dispone que la seguridad de la nación está basada en la “*responsabilidad conjunta del Estado y la sociedad*”. El poder civil, por su lado, perdió parte de su capacidad para controlar la institución militar: en lo sucesivo, es el Ejecutivo (el Presidente de la República en su calidad de Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas) quien decide las promociones. La extensión de las funciones atribuidas a las Fuerzas Armadas en los ámbitos de política interior y desarrollo, y la voluntad presidencial de conferir a los cuadros intermedios del sector militar responsabilidades en el marco del gobierno y la administración pública, sin contar la administración de recursos destinados para obras de interés social, hacen de las Fuerza Armada Nacional la única institución que efectúa un control real sobre el Estado.

Asimismo, la ausencia de mediación entre los más altos niveles del Estado y la Sociedad Civil “*Pueblo*”, ha hecho posible una comunicación directa del presidente con su electorado. Las Fuerzas Armadas pueden, en este sentido, ser llamadas para desempeñar este papel, tal como ocurre con las organizaciones políticas. La designación de un civil en el puesto de Ministro de la Defensa (como en su momento, José Vicente Rangel), sólo pudo preservar en un comienzo el ejercicio del control civil sobre la estructura militar. Actualmente se pueden encontrar militares ocupando puestos en la alta administración pública (incluyendo en PDVSA, empresa petrolera nacional), lo que se habría intensificado tras la tentativa de golpe de Estado de abril de 2002 y la huelga general de diciembre 2002-enero 2003, en particular, con militares “*fieles*” al Presidente Chávez. En cuanto a los contrapesos institucionales (Consejo Nacional Electoral, Tribunal Supremo de Justicia, Congreso), los mismos pasaron bajo control chavista, mientras que la libertad de expresión quedó comprometida por la Ley de Responsabilidad Social (de aquí la censura que los medios de comunicación privados se auto-imponen desde 2003).

El proyecto del presidente Chávez se refiere en paralelo a la constitución de un verdadero ejército revolucionario bolivariano, que contaría con un millón de soldados, induciendo la desaparición del ejército formal bajo su forma actual, siguiendo en esto el modelo cubano. La creación de milicias, la movilización de una reserva en previsión de un ataque de los Estados Unidos, evocado constantemente en los discursos presidenciales –temática de la guerra asimétrica–, son asuntos que van dirigidos en ese sentido (Irwin-Langue, 2003).

La internacionalización de la Revolución Bolivariana y el asunto de la “guerra asimétrica”

En realidad, el chavismo no cuenta con ideología alguna que lo identifique. Su inspirador durante su primer año de gobierno no vaciló en citar a personajes tales como Tony Blair, Neruda, Napoleón, De Gaulle. Un opúsculo vendido en los quioscos, intitulado *El Oráculo del Guerrero*, no representaba señas de identidad, aunque el presidente siempre indicó que él no era marxista sino bolivariano.

En los años recientes, la revolución se ha radicalizado ciertamente. En la misma ya no encontramos puntos medios: se está a favor o en contra. Las diversas opciones políticas chavistas, que convergen en cierta forma de neopopulismo, parecieran hoy reunir al mismo tiempo, tanto el simbolismo del “Árbol de las tres raíces” (Simón Bolívar, Simón Rodríguez y Ezequiel Zamora), presente en forma intensa en el imaginario popular nacional, como la influencia del sociólogo revisionista argentino, Norberto Ceresole, apóstol de la idea que consiste en la relación *Caudillo-Ejército-Pueblo*. Según esta ecuación, el pueblo escoge un líder en cuya persona se concentrará el poder, quedando las elecciones relegadas a la función de medio para conseguir y mantener el mismo por un tiempo indeterminado, y el partido, como otro instrumento de esta estrategia, considerada “post-democrática”. Este sociólogo argentino, un antisemita notorio, antiguo consejero de Velasco Alvarado y anteriormente embajador del régimen iraní en el Cono Sur, fue consejero de Chávez hasta marzo de 1999, cuando fue finalmente alejado por la presión de sus allegados. No obstante, su influencia sobre Chávez se ha mantenido, como puede notarse en la asociación que éste hace del esquema de la relación caudillo-pueblo en el programa del movimiento bolivariano.

Chávez ha hecho igualmente suyas las ideas de concentración efectiva del poder, a partir del rol primordial del Ejército en la sociedad, por una parte, y de la necesidad de privilegiar las relaciones con los estados árabes, considerados anti-estadounidenses y anti-judíos, por otra. Curiosamente, el ideólogo argentino Ceresole no veía con buenos ojos al régimen cubano. En tal sentido, parecería que desde su alejamiento Chávez no sólo ha reivindicado a Fidel Castro, sino también ha reconocido su influencia tutelar.

La estrategia internacional de H. Chávez

La teoría desarrollada por el antiguo consejero de Chávez, conlleva una especificidad que se diferencia del ejercicio del mandato gubernamental en el nacionalismo europeo o de otras opciones conservadoras. Así, para Ceresole, el “mandato” o el “orden popular que transforma a un líder militar en un dirigente nacional con proyección internacional, se expresa no solamente de manera democrática sino también con el objetivo particular de la conservación de la cultura nacional, y de la transformación de la estructura social, económica y moral”. Y es que, para Ceresole, la “proyección internacional” del líder sería el resultado de un trabajo duro de “edificación estratégico-política” que concierne a todos los movimientos populares de la región.

La internacionalización del liderazgo carismático de Hugo Chávez constituiría, por otra parte, una garantía contra las tentativas de desestabilización (interiores o exteriores). La elaboración de una “inteligencia estratégica” permitirá, por consiguiente, aportar soluciones a los problemas internos, evaluando su impacto fuera de las fronteras nacionales a fin de poder elegir el momento favorable para el establecimiento de alianzas con otros países, de manera tal que “el proceso revolucionario se introduzca por las rendijas del sistema internacional para así alcanzar niveles aceptables de seguridad”.

De aquí la insistencia chavista sobre la idea de un mundo “multipolar”, uno de cuyos polos geopolíticos pudiera ser precisamente Venezuela y los países de la OPEP, donde la primera se convertiría en la punta de lanza para América Latina y el Caribe. Las relaciones diplomáticas con los países del Medio Oriente van en esa dirección.

Desde su elección, Hugo Chávez ha multiplicado los viajes, visitas e intercambios diplomáticos, con el apoyo de uno de sus consejeros: el antiguo oficial de aviación, con estudios de postgrado en Estados Unidos, William Izarra. Desde entonces, una tal pretensión ha contribuido a relativizar la opción nacionalista que caracteriza hasta el presente a los regímenes latinoamericanos considerados neo-populistas (Garrido, 1999 & 2001; Ceresole, 2000). En este sentido, si Ceresole profetizaba que Venezuela debía convertirse en la defensora de las masas de desheredados del continente, también sostenía la reivindicación “de las fuerzas armadas humilladas de toda nuestra América hispano-criolla”.

Después de la desaparición de la URSS, luego de haber puesto fin a la lucha armada, las fuerzas armadas del continente, en la mayoría de los casos, han perdido su estatus y la colaboración que mantenían con Estados Unidos.

Con una opinión pública mayoritariamente desfavorable, el resentimiento contra los Estados Unidos hizo que su victoria a nivel práctico, estrictamente militar, no se combinase con una victoria a nivel político. Y la idea según la cual los civiles no son bienvenidos al gobierno de la Nación, explica por otra parte el éxito relativo amasado por la revolución bolivariana fuera del territorio nacional, por lo que el historiador y antiguo diplomático venezolano, Germán Carrera Damas, ha calificado al nuevo régimen de “*Bolivarianismo-Militarismo*” (Carrera, 2005).

El referéndum de 2004 se inscribe igualmente en el marco de la estrategia concebida desde antes por Hugo Chávez. Poner en práctica un proceso revolucionario toma una veintena de años, según habría indicado desde la prisión de Yare donde estuvo encarcelado tras su tentativa de golpe de estado de 1992. En una declaración de julio del mismo año, el presidente hacía mención de una “*situación transitoria*”, que daría tiempo para desarrollar un nuevo modelo de sociedad, dicho en otras palabras, el Proyecto Nacional Simón Bolívar; proyecto que presuponía la fusión entre civiles y militares, concepto creado por el antiguo guerrillero Douglas Bravo. En este sentido, la participación en elecciones no era, por tanto, más que un elemento táctico y la aceptación del referéndum respondería al acuerdo firmado el 29 de mayo de 2003 entre el Gobierno y la Oposición, bajo los auspicios de organismos internacionales (OEA, Amigos de Venezuela, Brasil en particular, puesto que el Presidente Lula apoyó el proyecto de referéndum).

La intención era la misma que en julio de 1996, en el momento de la creación del MVR (Movimiento Quinta República) con el fin de participar en las elecciones presidenciales de 1998, dentro de una Agenda Alternativa Bolivariana, que culmina con la victoria en el referéndum. Este programa o proyecto ha sido considerado el inicio de una nueva sociedad y de la reestructuración del Estado, así como del conjunto del sistema político. El mismo se refiere a ámbitos tan distintos como el papel del Estado, la política petrolera, la educación y la cultura, la ciencia y la tecnología, la deuda exterior, la gestión y la mejora del sector productivo, los equilibrios macro-económicos y sociales.

A partir de 1998, el presidente Chávez hace hincapié en la evolución de esa agenda alternativa bolivariana: es entonces cuando entran en su discurso expresiones tales como “*democracia participativa*” –que sigue a la orden del día–, y el nuevo modelo de desarrollo económico endógeno, humanista, e incluso autogestionario. Se firma un acuerdo para la aplicación de la Alter-

nativa Bolivariana para las Américas (ALBA), similar en sus principios pero destinado al conjunto del continente con el fin de contrarrestar el proyecto de Área de Libre Comercio para las Américas o ALCA, iniciativa de los Estados Unidos. El primero fue firmado en La Habana en diciembre de 2004, en momentos en que la Revolución Bolivariana celebraba su quinto aniversario.

El referéndum de agosto de 2004 inaugura una segunda fase: el llamado Proyecto de Transición Bolivariano o “salto adelante”, que creará las condiciones para la aplicación del Proyecto Nacional Simón Bolívar y sobre todo, para la reactivación del “espacio bolivariano”. Esta etapa, autoproclamada “revolución dentro de la revolución”, constituye la continuación de los programas sociales y económicos del gobierno, y también del refuerzo del componente cívico-militar (Blanco Muñoz, 1998, pp.623-4). De ahí las frecuentes referencias al “ciudadano-soldado”, y la atención prestada por los ideólogos del régimen, William Izarra a la cabeza, a los comandos populares y a la “defensa popular integral”.

El papel desempeñado por la “defensa popular integral”

En el mismo ámbito de la radicalización del “proceso”, esta vez a nivel internacional, se encuentra el reforzamiento de las relaciones con China, Irán y Rusia, aunque también la constitución del eje con Lula-Kirchner, tantas veces evocado durante el año 2005, aunque mal conducido por las iniciativas venezolanas durante el año 2006. En este mismo sentido, también se debe considerar la ruptura producida en la tradición logística de las Fuerzas Armadas Venezolanas, aquélla que consistía en adquirir material militar de países occidentales: las últimas compras realizadas por Hugo Chávez no la siguen estrictamente, pues las ha hecho al Gobierno socialista español (lo que suscitó una crisis con Estados Unidos a finales de 2005), a Rusia (fusiles de asalto, aviones de guerra y helicópteros, en marzo del mismo año; materiales cuyo aprendizaje se facilitará por la colaboración de las fuerzas armadas cubanas), y también a Francia y Corea del Norte. En cuanto a los gastos ocasionados por el personal militar, un aumento del 60% estaba previsto en beneficio del Ministerio de la Defensa únicamente (Ochoa Antich, 2004; Bromley-Perdomo 2005). “La hora ha llegado para revolucionar los sistemas de defensa de la seguridad nacional por una unión cívico-militar”, anunciaba el presidente Chávez en el meeting de clausura de una manifestación “oficialista” realizada el 16 de mayo de 2004.

La activación de la “*defensa nacional popular-integral*” debía sostenerse sobre 50.000 reservistas en diciembre de 2003, y sobre 500.000 a fines de 2005, todos reclutados en las clases populares (según *El Nacional*, 60% de los reservistas estaban sin empleo en 2005). El presidente había anunciado paralelamente la creación de “*milicias populares*” puestas bajo la tutela de las fuerzas armadas. El reforzamiento de este proceso cívico-militar se continuó en 2005, dependiendo actualmente la Reserva Militar y la Movilización Nacional directamente de la Presidencia de la República. Alrededor de dos millones de hombres entre 18 y 50 años (según la Ley Orgánica de las FAN) estarían comprendidos allí, lo que sería el equivalente de veinte veces los efectivos actuales de las FAN.

En enero de 2005, el general Melvin López Hidalgo, secretario del Consejo de Defensa de la Nación, anunció que las FAN deberían modificar su doctrina militar debido a la “*amenaza permanente*” que constituyen los Estados Unidos. Esta modificación incluía el recurrir a los reservistas así como a la población civil, esto en el marco de una eventual “*guerra asimétrica*”. La expresión hace referencia a la confrontación de opuestos “*no estatales*” con armas del Estado, un concepto que incluye el enfrentamiento de potencias aparentemente desiguales desde un punto de vista estrictamente militar. De allí las referencias frecuentes a la participación de los civiles, a una red de “*inteligencia social*” y, principalmente, a la “*fusión de civiles-militares*” en el caso de la Revolución Bolivariana. Al mismo tiempo, las Fuerzas Armadas Venezolanas han adquirido 30.000 ejemplares de la obra de Jorge Verstrynge (universitario y politólogo español, antiguo secretario general del partido Alianza Popular entre 1979 y 1986, expulsado de éste por estar en desacuerdo con Fraga Iribarne, y desde entonces miembro del PCE y de la Fundación de Investigadores Marxistas) intitulada *La Guerra Periférica y el Islam Revolucionario: Orígenes, Reglas y Ética de la Guerra Asimétrica*, obra particularmente destacada en el sitio web revolucionario y pro-chavista, *Rebelión* (Garrido, 2005, p. 13)⁴.

“*La nueva dimensión de la Revolución Bolivariana comenzará el 16 de agosto [después del referéndum], una vez reforzado el liderazgo de Hugo Chávez, desde entonces a la cabeza de los movimientos emancipadores de América Latina. Esto se erigirá sobre dos pilares: la ideología revolucionaria y el Frente Nacional*”. Tal es el razonamiento de William Izarra, director Ideológico del Comando Maisanta (ente organizador de la movilización chavista para el referéndum). El ejercicio de la violencia de Estado y el control ejercido sobre la totalidad de los poderes públicos permitirían “*consolidar el*

proceso”, establecer el poder del pueblo, luchar contra “*escenarios adversos*” y las “*fuerzas de la reacción*”. Y, en fin, la adopción de una serie de medidas en 2003-2004, como la Ley de Responsabilidad Social de Radio y Televisión, destinada a controlar los medios de comunicación, está en el origen de la preocupación manifiesta de organismos internacionales relacionada con el ejercicio de la libertad de expresión en el país.

La Revolución y el arma petrolera: fundamentación de la estrategia internacional de Hugo Chávez

En lo que toca a las relaciones internacionales, lo que puso en marcha el Presidente Chávez a fines de 2004, fue una verdadera diplomacia post-referéndum. La *Comisión de coordinación, control y seguimiento presidencial de la nueva etapa de la Revolución Bolivariana* fue creada por decreto presidencial el 10 de diciembre de aquel año para supervisar, en especial, el modelo de integración alternativo (ALBA) y la creación de Petroamérica, Petrocaribe, y la TV Sur. Asimismo, la comisión apoya cualquier iniciativa destinada “*a defender el derecho del pueblo*” en un mundo “multipolar”, coordinando las redes internacionales de solidaridad con la Revolución Bolivariana. De aquí los encuentros de intelectuales organizados en Caracas, como el II Congreso Bolivariano de los Pueblos en diciembre de 2004; mientras que una oficina de información está encargada de promover la imagen de la revolución en los Estados Unidos.

Entre tanto, el presidente multiplica sus viajes al extranjero, comenzando con la III Reunión de Presidentes de América del Sur en el Cuzco (8-9 de diciembre de 2004), en la que fue firmada el acta constitutiva de la Comunidad Suramericana de Naciones⁵. Durante una visita oficial a Argentina y Uruguay, Hugo Chávez no desaprovechó la ocasión para criticar al FMI (el cual tildó de “*organismo nefasto*”), sin excluir el diálogo con Washington, y la denuncia del Área de Libre Comercio para las Américas, recordando que Venezuela formaba parte de ellas. En esa ocasión se definió a sí mismo como “*un soldado, un revolucionario bolivariano, no comunista, no marxista, no castrista, a pesar de que es amigo de Fidel Castro, cristiano, en busca de la justicia social a cualquier precio*”. Asimismo, propuso la creación de una empresa petrolera latinoamericana, la cual surgiría de la alianza estratégica de empresas de Estado en el área de hidrocarburos.

Las modalidades del discurso del presidente en relación a Estados Unidos variarían en los meses que siguieron, desde simples consideraciones políticas hasta ataques poco corteses, sin visos diplomáticos, como sucediera en la Cumbre de las Américas (Monterrey, 12-13 de enero de 2004). Las diferencias son cada vez más notables desde la Cumbre de las Américas de Québec (Abril 2001), pero se habían amplificado desde incluso antes por la ambigua actitud de Estados Unidos frente a la tentativa de golpe de Estado contra Chávez en 2002. Empero, no se puede ocultar que la Venezuela de la “quinta república” se ha opuesto siempre a la administración americana, como cuando ésta ha condenado a Cuba por violaciones de los derechos del hombre (en 1999, 2000, y 2001), cuando ha hecho lo propio con China, luego con Irak (principalmente durante la guerra de 2003), y una vez que aquélla se empeñó en promover el Plan Colombia. En septiembre de 2003, la visita del embajador estadounidense, Charles Shapiro, a la sede del poder electoral (Consejo Nacional Electoral, CNE), provocó un nuevo impasse diplomático. Hugo Chávez denunció aquello de “intromisión” de Washington en los asuntos internos de Venezuela, llevando incluso su denuncia ante la OEA.

El ideólogo del movimiento bolivariano, William Izarra, tampoco se ha privado de denunciar las intervenciones estadounidenses en América Latina, las cuales dieron pie para esbozar las teorías desarrolladas a todo lo largo del año 2005 sobre el tema de la “*guerra asimétrica*”, al tiempo que el presidente Chávez comenzó a denunciar impetuosamente los riesgos de una “invasión” estadounidense sobre Venezuela. En el seno de la OEA, este país ha buscado contrarrestar la influencia de Estados Unidos sobre el continente, afirmando su solidaridad hacia Cuba, mostrándose defensora de la “*democracia participativa*”, contra los esfuerzos norteamericanos por promover y defender el modelo de “*democracia representativa*” en todo el continente. Estas posiciones fueron defendidas abiertamente en otros foros, como la Cumbre Iberoamericana de Salamanca (XV Cumbre Iberoamericana, 14-15 de octubre de 2005), la última Cumbre de las Américas realizada en Mar del Plata (4-5 de noviembre de 2005), y la participación de Chávez en la “*contra-cumbre*” de los Pueblos de América (III Cumbre de los Pueblos de América, 1-5 de noviembre de 2005).

En la OPEP, las decisiones tomadas en cuanto al precio del barril de petróleo también estaban dirigidas, con el apoyo de Venezuela, contra los intereses estadounidenses. En un principio, bajo las administraciones de Clinton e incluso bajo la de Bush, Hugo Chávez se mostró favorable a mantener relaciones cordiales. La “nueva etapa” de la Revolución inauguró un lenguaje

más radical basado en la confrontación, evidenciado en la retórica anti-imperialista y los cambios ocurridos en Venezuela en su doctrina de seguridad nacional, manteniendo sin embargo unas relaciones comerciales y los flujos financieros y petrolíferos relativamente poco afectados. Como quinto productor mundial de petróleo, Venezuela proporciona el 12% del suministro de los Estados Unidos, manteniéndose este país todavía como uno de los principales socios comerciales de Venezuela.

Del lado estadounidense, existen también otros factores que deben tomarse en consideración, como la designación por George Bush de Condoleezza Rice como Secretaria de Estado, y la ratificación de Donald Rumsfeld en la cartera de Defensa en 2004. En otros términos, se asiste a una militarización de la política exterior estadounidense, especialmente evidenciado en el papel atribuido al Comando Sur colocado bajo las órdenes de James Hill, supuestamente encargado de orientar los ejércitos de las naciones “amigas”, con el fin de frustrar la expansión revolucionaria de la conjunción Castro-Chávez. Todo ello en el marco de un nuevo tipo de guerra denominada como de “*cuarta generación*” (Garrido, 2005, pp.41ss., Burgos, ORLA, 2005)⁶

En esas condiciones, ¿qué basamentos pueden tener las preocupaciones gubernamentales de una posible intervención extranjera en Venezuela, como ha sido afirmado por algunos universitarios norteamericanos (Gollinger, 2005)? Una intervención norteamericana sigue siendo poco probable, a causa de los compromisos adquiridos por Estados Unidos en otros lugares. Si bien es cierto que la frontera más inestable es la región andina, más aún la frontera que separa a Venezuela y Colombia, el contexto continental es rico en escenarios de conflictos potenciales, debido a las pretensiones fronterizas pendientes. Para tomar sólo un ejemplo, la pretensión de acceso al mar por Bolivia, respaldada por el Presidente Chávez, causó un conflicto diplomático con Chile en noviembre de 2003. Y los múltiples incidentes militares diplomático-militares que tuvieron lugar entre 2003 y 2005 en la frontera Colombo-Venezolana (y las polémicas relativas a la presencia de la guerrilla colombiana en territorio venezolano), muestran hasta qué punto el equilibrio regional es frágil.

Ahora bien, tanto Colombia como los Estados Unidos han sido los artífices del llamado Plan Colombia (2000-2005), y más tarde del Plan Patriota (2006-2007, proyecto de lucha contra la guerrilla). De acuerdo con este último, los países fronterizos deben suscribir acuerdos con el fin de luchar contra el tráfico de drogas, el terrorismo o la guerrilla, lo que Venezuela siempre se ha negado a hacer. En cuanto a esto, vale la pena indicar que en octubre de

2003, el jefe del Comando Sur de las fuerzas armadas de los Estados Unidos, reconocía que ninguna prueba formal que demostrase las relaciones entre el Gobierno de Hugo Chávez y los grupos armados colombianos había podido establecerse. Brasil, por su parte, es signatario del Plan Cobra, que completa el Plan Colombia.

La política exterior de Venezuela tendría en lo sucesivo una grieta resultante, por un lado, del desfase persistente entre los intereses propios de la Nación y la necesidad –prioritaria– de reforzar el régimen, aprovechando el poder que le confiere la cesta petrolífera⁷. Este desfase no es para nada reciente, puesto que ya se lo encuentra en la formulación de la Doctrina Betancourt, prelude de lo que sería la Carta Democrática Interamericana, según la cual Venezuela rompería relaciones diplomáticas con todo país cuyo gobierno fuera el resultante de un golpe de estado (Romero, 2004).

La conjunción del mesianismo bolivariano y los altos precios del petróleo, han acentuado la tendencia a multiplicar los compromisos exteriores, financieros y políticos; en particular al sur del continente, como las inversiones hechas en Argentina y la solidaridad constantemente manifestada con otros movimientos “revolucionarios” y anti-globalización del continente (desde la Bolivia del líder cocalero Evo Morales, a los “sin-tierra” de Brasil); aunque a veces también hacia el norte, como el suministro de petróleo gratuito a los “pobres” de los Estados Unidos (como los desposeídos de Nueva Orleans). La retórica anti-imperialista y revolucionaria, la denuncia del “neoliberalismo salvaje”, en realidad no modificaron las relaciones existentes con los Estados Unidos, las cuales simplemente han pasado a convertirse en una asociación estratégica, haciendo alternar tensiones retóricas con relaciones “cordiales”, pero fundadas sobre un “pragmatismo petrolífero” inocultable. “*No somos conciliadores sino realistas*”, dijo en una ocasión el nuevo embajador estadounidense en Caracas, William Brownfield (Urbaneja, 2005).

Más que nunca, la combinación del tema petrolero con el de la “*guerra asimétrica*” se inscribe dentro del marco de un mundo multipolar, defendido por Hugo Chávez y, por lo tanto, también del “*bloque de poder regional*” y el “*eje de liberación estratégico*”, desarrollados teóricamente por el sociólogo alemán, partidario de H. Chávez, Heinz Dieterich. De ahí la importancia concedida a las relaciones con otros países exportadores de petróleo, a la diplomacia paralela desarrollada con otros “pueblos de América”, a las referencias constantes a un “eje” Caracas-Brasilia-Buenos Aires, a la integración económica y militar latinoamericana y, en fin, al refuerzo de la cooperación militar con países como Irán, China y Rusia. En este sentido, 2005 fue declarado el

“*Año de la ofensiva y de la proyección de la unidad del pueblo de América Latina y el Caribe*” en el marco del Congreso Bolivariano de los Pueblos, lanzando desde La Habana la propuesta del ALBA en oposición al ALCA, que incluía a Fidel Castro, Hugo Chávez, Evo Morales (MAS) y Shafik Handal (FMLN), todos representantes ante ese congreso.

Ese mismo año, el movimiento vio la creación de su página en Internet y de Telesur, en el marco de la “*guerra mediática*” mencionada por el presidente Chávez en uno de sus discursos. A nivel político, fueron también muchas las satisfacciones: la salida del presidente ecuatoriano, Lucio Gutiérrez (asociado con el plan Colombia-Andino), gracias a la acción de los movimientos en favor de los indígenas, Pachakutik-Conaie; la presión ejercida en Nicaragua por el Frente Sandinista sobre el gobierno pro-estadounidense; las presiones ejercidas en Bolivia por Evo Morales sobre el Gobierno de Carlos Mesa (tema del nacionalismo energético, especialmente importante para la “*guerra del gas*”), los reclamos contra el gobierno Lula por los “*sin-tierra*” brasileños, y finalmente, la elección de Evo Morales.

En 2005, Hugo Chávez mostró su voluntad de romper la dependencia energética de Estados Unidos. Tal es el sentido del proyecto de cesión de Citgo (sucursal de PDVSA en ese país), la creación de una compañía petrolera latinoamericana (Petroamérica), y también la intención de privilegiar el fortalecimiento de las relaciones con algunos países europeos y asiáticos.

El discurso presidencial no es, por lo tanto, un mero asunto de retórica, ni la “*paz violenta*” (Charcas, 2001) una mera característica de la escena política interior venezolana, caracterizada por la extrema debilidad del control civil sobre la Fuerza Armada. De este modo, un antiguo responsable estadounidense expresa la necesidad de controlar el “*eje subversivo*” formado por Venezuela y Cuba, antes de que otras democracias de la región se afecten por una tal “*subversión*”. El petróleo –y, por tanto, las amenazas de suspensión del suministro a los Estados Unidos– se convierte así en el arma principal de una guerra asimétrica que implicaría al aliado cubano, los movimientos de izquierda del continente, e incluso algunos gobiernos contra la alianza Colombia-Estados Unidos, simbolizada por los planes Colombia y Patriota, todo ello desde una perspectiva de “*defensa integral*” cívico-militar (Garrido, 2006; Burgos, *Encuentro* 2005).

En cuanto a la “*guerra interior*”, ésta alcanzó un nuevo umbral con motivo de las elecciones parlamentarias del 4 de diciembre de 2005. El retiro de las candidaturas al parlamento, por los principales partidos de oposición (AD, Copei, Primero Justicia, Bandera Roja), debida al hecho de que el método de

escrutinio no garantizaba el secreto y la fiabilidad de la consulta, abrió una crisis de representatividad sin precedentes. Pero el porcentaje de abstención, superior al 75% (sobrepasando así el nivel habitual de un tercio de los electores), la más elevada desde la caída de la dictadura de Pérez Jiménez (1958), aporta también la prueba de la no movilización de los electores chavistas así no sean desafectos al Presidente Chávez, cuyos representantes obtuvieron la mayoría absoluta en la Asamblea Nacional: 167 diputados, y 12 al Parlamento Andino.

Actualmente, Chávez ya ha indicado que desea organizar en 2010, a mitad de su gobierno (después de haber sido reelegido el 3 de diciembre de 2006), un referéndum con el fin de prolongar indefinidamente su mandato. Mientras tanto, la revolución prosigue su proyección fuera de las fronteras nacionales y continentales: en agosto de 2006, Venezuela fue admitida a la Liga Árabe con título de observador, preludio de una integración más formal.

Notas

- * Artículo publicado en la revista *Hérodote*, 4e trimestre 2006, n°123 (“Amérique latine: nouvelle géopolitique”). Traducción Alejandro Gómez.
- 1 Sitio de la CEPAL: <http://www.eclac.cl> Cifras oficiales (CNE): <http://www.cne.gov.ve/>
- 2 *Le Monde*, 11/05/2006. “The return of populism; Latin America”, *The Economist*, April 15, 2006. Reporte, *Stratfor*, Mayo 26, 2006. *The Wall Street Journal*, 26/05/2006. *La Vanguardia*, 4/4/2006
- 3 La expresión es de E. Burgos, “Petropopulismo telegénico o mesianismo pretoriano: el caso de Venezuela”, inédito.
- 4 Referencias tomadas de la obra: *La Guerra Periférica y el Islam Revolucionario: Orígenes, Reglas y Ética de la Guerra Asimétrica*, Barcelona, El Viejo Topo, 2005.
- 5 Informe de Asuntos Internacionales, “Comisión y agenda ‘nueva etapa’”, *Visión Venezolana*, 15/12/2004.
- 6 William Izarra, “Intervenciones”, *Venezuela Analítica*, 6/9/2003. Declaración final de la III Cumbre de los Pueblos, <http://www.cumbredelospueblos.org/> “Crónicas de otras agresiones presidenciales”, *Visión Venezolana*, 1/10/2003. Herminia Fernández, “Cifras de unas relaciones tormentosas”, *Tal Cual*, 7/4/2005.
- 7 “Venezuela ¿Petróleo, arma política?”, *BBC Mundo*, 27/4/2006.

Referencias bibliográficas

- BLANCO MUÑOZ, A. *Habla el comandante*, Caracas, UCV, 1998.
- BROMLEY M. & PERDOMO, C., “CBM’s in Latin America and the effect of arms acquisitions by Venezuela”, 5/10/2005, OT n°41/2005, <http://www.realinstitutoelcano.org>.
- BURGOS, E., “La vía multipolar”, *Encuentro en la red*, 18/1/2005 (<http://www.cubaencuentro.com>
- BURGOS, E., “Paralelismos cubanos en la Revolución bolivariana”, i n°2°2, Oct.-Dic. 2005, pp. 61-81 (dossier: “Hugo Chávez, quel stratège pour quelle révolution?”)
- CABALLERO, M., *Rómulo Betancourt, político de nación*, Caracas, Alfadil-FCE, 2004.
- Carlos de la TORRE, *Populist seduction in Latin America. The Ecuadorian Experience*, Ohio University Press, 2000,
- CARRERA DAMAS, G., *El Bolivarianismo-militarismo. Una ideología de reemplazo.*, Caracas, Ala de Cuervo, 2005.
- CASTILLO, H., “El plan Colombia y las relaciones civiles militares venezolanas”, *Research and Education in Defense and Security Studies Seminars*, CHDS-NDU, Washington, Mayo 2001.
- CERESOLE, N., *Caudillo, ejército, pueblo. La Venezuela del Comandante Chávez*, Madrid, Estudios Hispano-Árabes, 2000.
- COPPEDGE, M., “The Contrary Case of Venezuela and Theories of Regimes Change”, Paper prepared for the conference on “Advances and setbacks in the Thrid Wave of Democratization in Latin America”, Kellogg Institute, University of Notre Dame, April 21-13, 2001. <http://www.nd.edu:80/~mcoppedge/crd/pap-sven.htm>
- GARRIDO, A., *Chávez, Plan Andino y Guerra Asimétrica*, Caracas, Los Libros de El Nacional, 2006.
- GARRIDO, A., *Guerrilla y conspiración en Venezuela*, Caracas, Ed. del autor, 1999.
- GARRIDO, A., *Historia secreta de la revolución bolivariana*, Mérida (Venezuela), Editorial Venezolana, 2000
- GARRIDO, A., *La guerra (asimétrica) de Chávez*, Caracas, Alfadil, 2005,
- GARRIDO, A., *Mi amigo Chávez. Conversaciones con Norberto Ceresole*, Caracas, Ed. del autor, 2001.
- GOLLINGER, E., *El código Chávez. Descifrando la intervención de los Estados Unidos en Venezuela*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2005

- IRWIN, D., LANGUE, F. (coord.), *Militares y sociedad en Venezuela* Caracas, UCAB-UPEL, 2003.
- IRWIN, D., LANGUE, F., “Révolution bolivarienne et ‘paix violente’. Les relations civils-militaires au Venezuela”, *Problèmes des Amériques Latines*, n°49, verano 2003, pp. 7-38.
- IRWIN, D., *Relaciones civiles-militares en el siglo XX*, Caracas, Centauro, 2000.
- LACLAU, E., *La razón populista*, México/Buenos Aires, FCE, 2005.
- LANGUE, F., *Hugo Chávez. Une action politique au pays de Bolívar*, Paris, L’Harmattan, 2002
- LANGUE, F., *Histoire du Venezuela de la Conquête à nos jours*, Paris, L’Harmattan, 1999, pp. 310 ss.
- LANGUE, F. “Machiavel et la démocratie au Venezuela ou l’héritage pragmatique de Rómulo Betancourt”, *L’Ordinaire Latino-Américain*, n°172, Université de Toulouse-Le Mirail, avril-juin 1998, pp. 124-128, <http://nuevomundo.revues.org/document768.html>
- MARES, D.R., *Violent Peace. Militarized Interstate Bargaining in Latin America*, New York, Columbia University Press, 2001.
- OCHOA ANTICH, F. “Las claves del rearme de Venezuela”, *La Tercera*, 17/12/2004.
- Ordinaire Latino-américain (L’)* n°192, avril-juin 2003: “Venezuela: vers le référendum?” (coord. F. Langue).
- Ordinaire Latino-américain (L’)* n°202, octobre-décembre: “Hugo Chávez, quel stratège pour quelle révoluion?” (coord. F. Langue).
- PARANAGUA, P.A., “L’Amérique latine en proie à la division”, *Le Monde*, 12/5/2006
- RAMOS, A., “Sobrevivir sin gobernar. El caso de la Venezuela de Chávez”, *Nueva Sociedad*, n°193, septiembre-octubre 2004, pp. 17-27
- ROMERO, C., “The United States and Venezuela. From a Special Relationship to Wary Neighbors”, in J. MCCOY-D. J. MYERS ed., *The Unraveling of Representative Democracy in Venezuela*, Baltimore-London, The Johns Hopkins University Press, 2004, pp. 130-151.
- URBANEJA, D.B., “La política exterior de Venezuela”, ARI n°41/2005, 31/3/2005, <http://www.realinstitutoelcano.org>